

que temía que los alemanes bajasen por el Tirol y sublevasen las poblaciones, abiertamente opuestas á la dominación extranjera.

Surgían en tanto celos entre Murat y Beauharnais, fomentados por el mismo Napoleón, que así en cartas particulares como en su diario ultrajaba al primero y ensalzaba al segundo (1). Murat, enconado de la supremacía despreciativa que Napoleón pretendía abrogarse, decía: "Mil veces echo de menos los tiempos en que no siendo más que un simple oficial, tenía superiores pero no amo. Elevado á un trono, tiranizado por vos, dominado dentro de mis hogares domésticos, experimento la necesidad de independencia tanto más cuanto que me sacrificáis á Beauharnais, cuyos servicios agradeceis más porque es silenciosamente servil, y porque anunció con cara risueña al senado de Francia el repudio de su madre. Yo no puedo negar de ninguna manera á mi pueblo una justa reparación á los gravísimos perjuicios que le ha causado la guerra marítima, soltando al comercio de sus trabas."

Así se debilitaban los lazos de la servidumbre, cuyo peso había aumentado ya en los italianos el anhelo indestructible de la unidad y de la independencia (2). Lisonjeados con esta esperanza cuando oyeron por primera vez el nombre de reino de Italia, la habían perdido tan luego como habían visto que Napoleón agregó una gran parte de la península

[1] Napoleón, decía: "un general necesita genio, conocimientos, valor. Murat, posee más valor que genio; fué desgraciado en España, en Rusia y en Nápoles; no carecía de conocimientos adquiridos en los campos de batalla y tenía muchísimo valor, tanto que sus cargas de caballería eran irresistibles. Massena era hombre muy valiente y de poco genio; pero en el campo casi milagrosamente le salían bien sus maniobras. En Eugenio se equilibraban estas cualidades, no tenía gran genio, pero este era proporcionado á su valor, y poseía más conocimientos que los otros dos. Educado por mí en Italia y en Egipto, llegará á ser uno de los mejores generales si se le proporciona la ocasión para desplegar sus facultades." Aquí como siempre, se conoce la pasión con que Napoleón juzgaba. En otro lugar dice: "Murat no tenía ni carácter, ni cabeza: buen corazón, pero vano y ligero; sus últimos años son los de un loco que se despeña de error en error."

[2] Fouché escribía á Napoleón en Noviembre de 1813: "He llegado á Roma; aquí como en toda Italia, la palabra independencia, tiene una virtud mágica. Bajo su pendón se reúnen por cierto intereses diversos, pero todos los países quieren un gobierno local; cada uno se queja de hallarse obligado á trasladarse á París por cualquiera reclamación aunque de muy poca importancia. El gobierno de Francia á una distancia tan considerable de la capital, no les ocasiona más que cargas muy pesadas sin alguna compensación. Conscripción, impuestos, vejaciones, sacrificios, he aquí, dicen los romanos, lo que conocemos por parte del gobierno francés. Añaden

al imperio y sancionó la separación del Estado napolitano. Desesperados, pues, de lograr por medio del emperador la realización de sus votos después de que éstos habían tomado incremento por hallarse todos espuestos á los mismos peligros, y haberles sido facilitadas las comunicaciones por los campamentos, procuraron conseguir la independencia nacional, mediante las sociedades é inteligencias secretas. Con este objeto se formaron la de los Rayos en Bolonia y la de los Carbonarios en Calabria. Estos últimos procedían de los francmasones, á quienes Napoleón protegía, al paso que no dejaba de hacerles vigilar por la policía; pero los carbonarios tomaron de aquellos algunos ritos y el orden jerárquico, no se limitaron como los francmasones, á la beneficencia y á los gocees, sino dirigieron sus miras á la independencia de la patria y al gobierno representativo, habiendo constituido además en Calabria, que era su centro, una verdadera república. La policía engañada no dejó de favorecer á los carbonarios, aunque el conde Dandolo desde el reino de Italia los denunciase á Murat, manifestándole que atentaban contra los tronos. Aquellos sectarios, sin embargo, se propagaron tanto por haberse sujetado á un sistema muy oportuno y admirable para conseguir su fin, como porque los napolitanos poseen en grado eminente el arte de guardar secreto. Estendiéndose finalmente los carbonarios por toda la península itálica, llegaron á ser instrumento de futuras mudanzas.

Los patriotas entretanto pensaron en aprovecharse de la mal disimulada ambición de Joaquín Murat, el cual dió oídos á sus insinuaciones, quedando sin embargo en la inacción mientras que Bonaparte fué poderoso. Pero cuando el rigor de los hielos septentrionales, ajó aquella gloria que había germinado bajo los rayos del sol de Italia, los patriotas se apiñaron al rededor del rey Joaquín, solicitándole con mayores instancias, y diciéndole que había llegado el momento oportuno para llevar á cabo la gran empresa; que no había ejércitos en Italia; que su suerte se hallaba espuesta á peligros muy graves; que los antiguos dominadores y los mismos aliados ayudarían al que se declarara contra Napoleón, como lo habían practicado ya con el rey de Suecia. Murat, sin embargo, entabló negociaciones con Bentinck, generalísimo de los ejércitos ingleses en Sicilia; pero juzgando exorbitantes sus pretensiones, se inclinó otra vez á Napoleón y fué á pelear en su favor á Alemania, confiando el cetro á su esposa, siempre dispuesta á engañarle por amor á su hermano.

La Gran-Bretaña enviaba á la sazón dine-

que nosotros no tenemos ninguna especie de comercio ni interior ni exterior, que nuestros productos no tienen despacho, y que lo poco que nos viene del extranjero lo pagamos á un precio excesivo."

ro y tropas á Sicilia, y socorría á aquellos Borbones con cuatrocientos mil francos anuales; pero á pesar de todo esto, Carolina de Austria no sabía acomodarse á guardarle las consideraciones que debe siempre el que acepta un estipendio, por lo que disgustaba á su protectora, la cual había reprobado ya los latrocinios que en Calabria se ejecutaban en nombre de Fernando y de Inglaterra, declarando que retiraba su protección á todo el que perpetrara delitos. Añádase también á lo dicho que el haber Carolina gravado con el uno por ciento todos los contratos, perjudicó en gran manera á los comerciantes ingleses, así que en el parlamento fué vituperada la conducta de aquel gobierno, diciendo que era el peor que podía existir y el más opresivo. Bentinck entretanto, habiendo descubierto aun más las malas voluntades de Carolina por haber averiguado que ésta tenía armada una intriga con Napoleón contra los ingleses; se deshizo de ella [1], é introdujo en la isla una constitución con arreglo al modelo de la inglesa (1812) con mejor forma de elecciones, con jurados é imprenta libre, manteniendo sin embargo, el feudalismo en las propiedades y en las manos muertas, hasta que los mismos barones sicilianos propusieron la abolición de su privilegio procedentes del sistema feudal. La Sicilia, pues, disfrutó de un gobierno libre, aunque contaminado por la intervención extranjera.

Los carbonarios de Nápoles anhelosos de conseguir una constitución semejante, entablaron negociaciones con los sicilianos y con Bentinck, el cual dijo que satisfaría sus deseos, siempre que fuesen restablecidos en el trono los Borbones. Habiéndolo averiguado todo Murat, enemigo de todo estatuto como Napoleón, y hasta del de Bayona, proscribió á los carbonarios y redobló su vigilancia. Fué entonces cuando enviado por Joaquín el terrible general Manhés á Calabria, fué preso y muerto á consecuencia de una baja traición Campobianco, que era jefe de los carbonarios en Cosenza, y cuando contra muchos otros se cometieron violencias muy atroces, como si se tratara con salteadores. Por esto todos odiaban cada día más al nuevo gobierno, y

(1) Carolina, archiduquesa de Austria y reina de las Dos Sicilias, mujer altiva é imperiosa, se ensañó contra los ingleses cuando conoció que éstos querían mandar en su reino, y dijo á Bentinck en una conferencia particular que tuvo con ella: "Vos sois ministro de la Gran-Bretaña y no gobernador de Sicilia." Entonces aquel lord y el príncipe de Belmonte, presidente del parlamento siciliano la espulsaron de la isla.

Los que quieren informarse de todos los pormenores de la historia política de Sicilia durante la ocupación inglesa y el imperio napoleónico, pueden leer una obra preciosa sobre el particular que publicó anónima en París un palermitano, llamado caballero D. Juan Aceto, con el título de *Relaciones entre la Sicilia y la Gran-Bretaña*. [Nota del traductor.]

muchos huían á Sicilia. Joaquín entre tanto daba oídos á las magníficas promesas con que Austria le halagaba, y finalmente, hizo alianza con ésta y con Inglaterra, [Enero de 1814], para continuar la guerra contra Napoleón, estipulando que contribuiría á ella con treinta mil hombres y que no entraría en pacto sino de acuerdo con los aliados, los cuales le prometieron á su vez conservarlo en el trono de Nápoles, aumentándolo con algunos despojos de los Estados pontificios. En virtud de este nuevo tratado se reanimó el comercio y afluyó la riqueza á Nápoles; pero los ingleses exigieron por garantía la entrega de Ischia, Procida, Caprea y de toda la marina napolitana. Exigencias semejantes hicieron abrir los ojos á Murat, el cual había olvidado completamente, que más allá del Faro estaban los Borbones de Sicilia, á quienes solo Napoleón podía tener á raya. Si hubiese considerado, no su ambición sino lo que debía á la salvación del que lo había hecho rey, podía uniéndose á Eugenio en el Adige, rechazar á los austríacos hasta Iliaria, y marchar sobre el Rhin contra la retaguardia de los enemigos de Francia. Eugenio no aguardaba más que al rey de Nápoles para caer sobre Viena; pero tan luego como supo que se había convertido en enemigo, no tan solo tuvo que retirarse del Adige al Mincio, sino que se vió también obligado á enviar tropas á la derecha del Pó para guarnecer á Parma y defender el paso del río en Plasencia. Murat (10 de Febrero de 1814), ocupó á Roma y á Ancona, puso guarniciones napolitanas en Civitavecchia y en el castillo de San Angelo, así como en Florencia, Liorna, y Ferrara, y dijo en una proclama que publicó en Bolonia: "Creído hasta ahora en que Napoleón combatía por la paz y felicidad de Francia, su voluntad fué la mía: pero viéndolo en perpetua guerra, por amor á mis súbditos me separo de él. Dos pendones ondean en Europa; en el uno se leen estas palabras: *religion, moral, justicia, moderacion, paz, felicidad*: en el otro, *persecucion, artificios, violencia, tiranía, lágrimas, cons ternacion* en todas las familias. Elegid."

Napoleón se encendió en cólera al ver esta proclama, pero no podía castigar al que desertaba de sus banderas; lo que hizo, pues, fué poner en libertad al Papa, el cual volvió en triunfo á Italia; pero encontró las legaciones invadidas por el Austria, y el resto de sus dominios ocupados por Murat. Hallándose en tan duro trance, se detuvo en Ceseña, y desde allí tratando con las potencias, estipuló que conservara las Marcas que le habían sido prometidas por los aliados, y entregase á Roma la Umbria, la Campania, Pesaro, Fano y Urbino.

Pero hemos llegado ya al punto en que los destinos de Italia se precipitan unos tras otros. Verdier y Palombini estaban en Peschiera y en el puente Monzanbano; Gremér y Zucchi en Mantua con Eugenio, la guardia real y la division de Rougier; Quesnel cus-

Codiaba el puente de Goito; Fressenet defendía á Borghetto y la Volta; y la caballería de Mermet se había colocado entre Cereto y Guidizzolo. Adelantóse el enemigo; Mayer bloqueó á Mantua, Sommariva á Peschiera; y Bellegarde con setenta mil austriacos entró en Verona [10 de Febrero de 1814], estableciendo sus puestos avanzados en Pozzolo, y dejando de invadir únicamente por consideraciones políticas la Lombardía, marchó sobre Bolonia á ponerse de acuerdo con Murat. Eugenio, anheloso de adquirir con hazañas militares aquel afecto que perdía entre los soldados, se empeñó en varios hechos de armas, pero aunque la fortuna se le mostró con cara risueña, se reconoció tan débil, que creyó indispensable refugiarse detras del Mincio.

Los aliados, habiendo llegado á conocer que les era menos fácil vencer con las armas que con las intrigas, acudieron á éstas: Pino entre tanto les da oído, mientras que por otra parte Nugent, comandante de las fuerzas austro-británicas operaba en las legaciones, diciendo en sus proclamas á los pueblos: "Habeis sufrido bastante bajo un yugo insostenible, restableced vuestra patria con las armas y sed independientes [1]."

[1] El conde general Nugent, comandante de las fuerzas austro-británicas á los pueblos.

"Habeis gemido bastante bajo el férreo yugo de la opresión. Nuestras armas han venido á daros completa libertad; pero se abre ya para vosotros un nuevo orden de cosas, dirigido á restablecer y consolidar vuestra felicidad. Comenzad á disfrutar el beneficio de vuestra emancipación, mediante algunas disposiciones saludables que por ahora se adoptan en vuestro provecho. Estas se hallan ya en todo su vigor donde quiera que hayan penetrado las fuerzas libertadoras; y á donde no hayan llegado, es de vuestro interes, valerosos y esforzados italianos, el abriros camino con las armas en la mano para vuestra regeneración y vuestro bienestar. Sereis escuchados y asistidos para vencer la pertinaz resistencia de los que atenten contra vuestro bien. Teneis todos que ser una nación independiente; teneis que patentizar vuestro celo por la felicidad pública, y habeis de ser dichosos si sois fieles á quien os ama y protege.

"En breve causará envidia vuestra suerte y asombro vuestra situación.

"Por tanto, desde la fecha de esta proclama surtirán sus plenos efectos las disposiciones siguientes:

- I. Queda abolida la conscripción.
- II. Queda abolida la contribucion de registros, de escrituras y contratos.
- III. Queda abolida la capitacion.
- IV. Se reduce el derecho de consumo á una tercera parte de la cantidad marcada en el último arancel.
- V. Se rebaja el precio de la sal á la mitad del que ahora tiene.
- VI. Se suprimen los derechos de importacion y esportacion por mar.

Betink, despues de haber desembarcado con quince mil hombres en Liorna [16 de Marzo de 1814], marchó sobre Génova desplegando la bandera en que estaban escritas estas palabras: "*libertad é independencia italiana.*" Así, pues, los tudescos como los ingleses, los napolitanos como Beauharnais, prodigaban las promesas mas opuestas y menos esperadas de los italianos, los cuales se hallaban en afanosa perplejidad, alimentándose tan solo de esperanzas, y abandonándose por su desdicha á lo que de ellos decidiera la suerte de las armas [1].

Pero no sacó provecho ninguno de aquel momento tan precioso: y Napoleon enterado de todos aquellos movimientos, mandó al príncipe Eugenio que pusiese tropa en Mantua, Alejandría y Génova, que entrando por la parte del Cenís, se uniese con Augereau en la Saboya, que llegado á Lyon tomase el mando de las tropas, acometiese á Bubna y salvase á Francia. Hubiera sido mejor partido para Eugenio ejecutar inmediatamente estas órdenes; pero el buen éxito de algunas escaramuzas, le hizo creer que el estado de

VII. Se suprime el uso de papel sellado.

Proclama de Bellegarde, el 3 de Febrero de 1814.

"Italianos: de todas las naciones que la ambición de Napoleon humilló bajo su yugo, vosotros sois la única para quien sonó la hora de la libertad. . . . Hemos pasado el Adige y hemos penetrado en el corazon de vuestro país. En nosotros veis unos libertadores que no exigirán sino lo que sea indispensable para su marcha y para su subsistencia. Venimos á escuchar vuestros legítimos derechos, y á restablecer lo que la fuerza y el orgullo postraron al suelo. Os llamamos á la defensa comun: ha llegado el momento en que Italia como las demas naciones, dé pruebas de fuerza y de valor. Ya es tiempo de que los Alpes vuelvan á levantar ufana su inaccesible cabeza, formando una insuperable barrera; ya es tiempo de que esos caminos abiertos para introducir en vuestro país la esclavitud sean destruidos."

[1] En 1805 cuando se formó la tercera coalición, entre las varias combinaciones preparadas por la Rusia en el caso de que se alcanzara la victoria, entraba un reino subalpino compuesto del Piamonte con Génova, la Lombardía y Venecia, á cuya cabeza se pusiera la casa de Saboya, pero sin que este último Estado formase parte del nuevo reino, el cual debía servir mucho para una futura Italia independiente. Entretanto una federación uniría con el reino de las Dos Sicilias, con el Papa, gran canciller de la confederación, con el reino de Etruria y con los reducidos Estados de Luca, Ragusa, Malta y las Islas Jónicas, siendo sus jefes alternativamente el rey del Piamonte y de las Dos Sicilias. La Saboya con la Valtellina, y los Grisonos formaría un canton suizo. Tambien fué base de las negociaciones entre Rusia y Austria el 25 de Octubre de 1804, la independencia de Italia.

las cosas fuese menos desesperado de lo que era en realidad, y por lo demas es de considerar que se le hacia muy duro abandonar un reino cuya posesion ambicionaba. Mientras Murat lo empeoraba todo con su conducta vacilante y contradictoria, los carbonarios proclamaron á los Borbones y á la constitucion, y se apoderaron de la Calabria y los Abruzos; sin embargo, fueron sometidos por la fuerza. Murat en tanto lisonjeado con algunas victorias ganadas por los franceses, procuró entablar nuevas negociaciones con Eugenio: pero éste vituperó con desden la conducta ambigua del monarca de Nápoles, el cual, para disipar toda especie de sospechas, comenzó á obrar muy resuelta y eficazmente.

A pesar de que los aliados estaban ya en Paris (1.º de Abril de 1814), Napoleon no se juzgaba aun vencido mientras el pendon tricolor ondease en Venecia, Génova, Mantua y Alejandría, pues que proyectaba penetrar en Italia por los Alpes con un ejército de ciento cincuenta mil armados para renovar su antigua gloria en aquellos mismos campos, que le habian dado tanto lustre, y que tambien entonces podian asegurarle honrosas condiciones de paz. Ejecutando Napoleon aquel plan habria podido conservar aun la Italia; pero los nuevos sucesos y su conducta poco resuelta le redujeron al duro trance de abdicar.

Los boletines pregonaban que el astro de Napoleon despedía aún centellantes destellos, aunque los aliados habian pasado ya el Adige. Hallándose el príncipe Eugenio en tan lastimosa situacion, estipuló con Bellegarde (16 de Abril de 1814), que las tropas francesas al mando de Grenier [veinticinco mil hombres y cuarenta piezas de artillería] regresasen á Francia; que las italianas conservasen la línea del Mincio y del Pó hasta que se decidiera la suerte de su patria; y que Venecia, Palmanova, Osopo y Legnago fuesen entregadas á los austriacos (1). Eugenio, patrocinado por el rey de Baviera su suegro y por su madre Josefina, se habia manejado para que el senado de Italia lo nombrase rey independiente. Halagaba esta idea á muchos, porque ademas de la independencia que á todos anhelaban, se conseguiria que fuesen lo menos posible las reformas que debieran introducirse, y que suelen ser siempre mal recibidas. Pero Eugenio, que se habia granjeado un crecido número de enemigos, era malquisto de los italianos, y últimamente tambien del ejército por haberle retrasado las pagas. Sin embargo, continuando el curso de sus operaciones, como si Napoleon estuviese aun sentado en su trono, hacia todos los esfuerzos que estaban en su mano para ocultar la realidad de los hechos: y finalmente, habiendo licenciado á los franceses que servian en el ejército italiano, hablaba á todos como rey de aquella

(1) Convenio de Schiarnio-Rizzino.

península, no tan solo para engañar á los aliados haciéndoles creer que los pueblos lo querian por monarca, sino tambien para engañar á estos últimos, dándoles á entender que los aliados proyectaban colocarle en el trono [1]; pero con semejante conducta llegó á disgustar á ambas partes. En efecto, unos fijaron sus miradas en Murat, soldado mas valiente y ya monarca aliado con los vencedores, al paso que otros se inclinaban al Austria, recordando su antigua dominación con aquel melancólico deseo tan propio del vulgo cuando se trata de un gobierno caído.

Es muy lastimoso el estado de un país, que no tiene bastante energía para tomar un partido decisivo, ni hombres que sepan obrar resueltamente. En medio de tantas discordias, los que suelen pescar en rio revuelto adquirieron preponderancia, y en Milan se protestó primero y despues hubo tumultos contra la petición del senado. Una canalla animada por un espíritu mal entendido de patriotismo, y pagada por aquellos que tenían un interes en fomentar los desórdenes provechosos al Austria, asesinó al ministro Prina [20 de Abril de 1814]. Abatiéronse entonces entre los descompasados gritos y vergonzosas imprecaciones del populacho las insignias del antiguo poder, y se celebró con estrepitosas manifestaciones y una indecente alegría la ruina de lo existente sin haber pensado primero en lo que podia reemplazarlo. Últimamente una regencia provisional logró tranquilizar los ánimos, prometiéndole pedir á las potencias lo que constituye el primer bien y la principal fuente de la felicidad de un Estado (2). Pero aquel go-

(1) Mejeau, secretario del virey, y uno de aquellos personajes que en su estremado servilismo no hacian mas que admirar y condescender, escribía el 13 de Marzo de 1814 á Villa, prefecto de policía de Milan, lamentándose de que se hubiese circulado la voz de un armisticio entre Eugenio y los enemigos, diciendo que éste no tenía facultades, aunque tuviese voluntad para hacerlo. Sin embargo, el 16 de Abril se efectuó el armisticio con Bellegarde, y el 23 se hizo la cesion del país.

[2] Regencia del gobierno provisional.

"Los ejércitos de las altas potencias coaligadas entran en el territorio italiano todavia no ocupado por ellas. Las altas potencias desean el orden y la felicidad de la nación. Italianos, habeis puesto de manifiesto la nobleza de vuestro carácter, y el sentimiento general del amor á la patria ha disipado la posibilidad de que se susciten partidos encontrados en el país. Cada uno de vosotros ha olvidado ya su interes particular; y el reposo, la tranquilidad, un sabio gobierno independiente constituyen tan solo los deseos que animan el corazon de todos. No hay italiano que no sienta hoy la necesidad de un nuevo orden de cosas.

no provisional, conociendo que era esto lo que entonces se pretendía efectuar, protestó reclamando la independencia que la había sido garantizada en 1745 en el tratado de Aquisgram; y Mackintosh sostuvo en el parlamento de Londres, que la Gran Bretaña no podía disponer de Génova por ser un territorio amigo, que invadido temporalmente por los enemigos recobraba todos sus derechos tan luego como aquellos eran espulsados (1).

Pero otros principios servían de norte á la política, y se brindó con Génova al rey de Cerdeña. También se pretendía darle todo el país hasta el Mincio; pero se opusieron á este nuevo regalo pretensiones diversas, y finalmente, se fijó como extrema frontera con la Lombardía el Tesino, que quedó sin defensa. Víctor Manuel, restablecido sin derramar sangre en el trono de sus abuelos aumentado con tan grande estension de territorio, teniendo á la vista el almanaque real de 1793, restableció con el auxilio del conde Cerruti los cargos públicos, y todas las demas cosas gubernativas en el mismo estado que tenían antes de la revolucion, cuya pasada existencia descaba poder borrar de su memoria.

Francisco de Este, primo y cuñado del emperador de Austria, había abrigado en su pecho la esperanza de lograr la corona de Italia, ó á lo menos la del Piamonte, con cuyo intento había contraído matrimonio con la hija mayor de Víctor Manuel, su cuñado; pero no consiguió mas que los Estados de Módena, que recaían en él por herencia materna.

Fernando III, despues de haber vivido por el trascurso de quince años desterrado, volvió á Toscana [Agosto de 1814], y restableció el antiguo orden de cosas que había dejado Pedro Leopoldo. Pio VII restableció también las leyes anuladas por el pasado gobierno, y á insinuacion de las potencias, reabilitó en el pleno ejercicio de sus derechos á los jesuitas, que á instigacion de las mismas potencias habían sido suprimidos por uno de sus predecesores. En resolución, todos los príncipes vueltos al poder, juzgaron conveniente para el bien del pueblo, restablecer el antiguo orden de cosas, manifestando con semejante conducta que tenían mas anhelo de lo pasado que afecto á lo presente; y habiendo la revolucion roto las trabas al mando, destruyendo los cuerpos políticos y la franquicias tradicionales que impedían el despotismo administrativo, los reyes aprovecharon la ocasion para ejercer un dominio absoluto.

En el congreso de monarcas reunidos con objeto de arreglar los negocios políticos de Europa, tratándose también de restituir á los Borbones de Sicilia el trono de Nápoles, refiere la fama que el emperador Alejandro dijo: que debiéndose entonces guardar con-

[1] Discurso de 27 de Febrero de 1815.

sideraciones á los pueblos, no podía devolverse el cetro á un rey verdugo, y que Carolina de Nápoles, habiéndose irritado sobremedera al saber lo que había pasado, murió de repente. Pero Talleyrand tomó sobre sí el cargo de lanzar del trono á Murat [1] Castlereagh que no le necesitaba ya, se unió con sus enemigos, y Bentink que le rodeaba muy de cerca, sobornaba á sus consejeros y hacia creer á aquel monarca, que Rusia, Prusia é Inglaterra querían la independencia de la Península italiana. Sin embargo, Murat llegó á descubrir el engaño cuando se le intimó que cediera las Marcas, faltándole á todas las promesas; por lo que hizo preparativos de guerra y reanudó sus intrigas con Napoleon. He aquí cómo la suerte de los italianos se encontraba siempre á la merced de voluntades irresolutas y vacilantes.

LOS CIEN DIAS.

Napoleon luego que llegó á la isla de Elba (3 de Mayo de 1814) con Leticia y Paulina, llevando quinientos soldados de la guardia y varios mariscales y generales, pudo considerar aquel país como un lugar de retiro que le ofrecía algunos instantes de reposo. Los monarcas aunque le habían colocado á la vista de sus batallones, y en un punto muy cómodo para estar alerta contra las Tullerías, aparentaban no tenerle miedo. Pero Napoleon, mal satisfecho por la violacion de los pactos concluidos, alimentaba ya nuevas esperanzas por los errores de los Borbones y de los aliados; de suerte que la pequeña isla llegó á ser el centro de manejos muy activos.

Despues de veinte años de tantas vicisitudes, ¿quién se acordaba en Francia de la familia real, la cual regresaba sin gloria, pues que no había arrostrado hasta entonces ningun peligro? Sin embargo, los aliados no restablecían á los Borbones en fuerza del derecho divino, antes bien, habían declarado que su restauracion dependería del voto nacional. El gobierno provisional redactó, pues, una carta (13 de Marzo de 1814), que debía ser un contrato entre la dinastía antigua y el país nuevo; el senado se apresuró á aceptarla; pero Luis XVIII no la reconoció, y quiso dar otra con su autoridad de rey sin oír á los cuerpos del Estado (6 de Abril de 1814). La forma de concesion que se dió á esta segunda carta disgustó generalmente, reparándose mas en sus frases que en la esencia; y diciendo que le había sido inspirada por Luis XVI, parecía proclamar que tantos años, tantas vicisitudes, tanta experiencia, no le habían hecho progresar un paso. Entonces la Francia estaba débil, pero

(1) El rey de Nápoles Fernando I recompensó generosamente en esta ocasion al ex-obispo de Antun.

[Nota del traductor.]

como un gran atleta, que habiendo luchado un dia entero, pide reposo aunque se siente en completa robustez. Convenia, pues, usar con ella de toda especie de consideraciones y respetar un pasado glorioso, segun habían prometido formalmente los aliados. Pero mucho antes de que Luis XVIII llegara, se habían cedido con apresuramiento y furia cincuenta y dos plazas, mil doscientas piezas de artillería, almacenes y buques de guerra. Además la Francia perdía su escuadra en los puertos de Amberes, Venecia y Génova; de suerte, que se hallaba reducida á menos fuerzas de las que en el dia crearían necesitar Nápoles ó la Cerdeña. Desde Enrique IV en adelante, la Francia no había cedido un palmo de terreno: hasta el pacífico anciano Fleury la había agregado la Lorena; y hasta el indolente Luis XV la había aumentado con la Córcega; pues sin embargo, despues de tantas conquistas, y de los aumentos que habían tenido las potencias rivales, se encontraba como en 1792, y solamente con las pequeñas agregaciones del condado Venecino y de Aviñon arrebatados al Papa que protestaba contra este despojo. Pero no era esto solo, sino que también perdía en influencia, por lo cual el patriotismo, que en ningun pueblo es mas vivo que entre los franceses, se resentía, porque en la restauracion veía el envilecimiento del país.

Como si no bastase á Francia tener en su capital á los extranjeros en ademán de vencedores, veía abatir monumentos que no pueden borrarse de la historia; veía rehacer el concordato; restablecer los títulos de la nobleza antigua; destruir el senado, á cuyos manejos se debía la destitucion de Bonaparte; restituir los bienes á los emigrados; señalar al rey treinta y dos millones de francos de dotacion, y volver á restringir la imprenta. Los tres colores bajo los cuales había vencido, eran reemplazados por la despreciada bandera blanca; dábse preferencia á los nobles antiguos; se despedía á los valientes para crear compañías de guardias de corps; y las clases aristocráticas alimentaban esperanzas indiscretas de privilegios, de diezmos, de devolucion de bienes nacionales; Napoleon, hijo y verdugo de la libertad, había perdido el aura popular, reconstituyendo el despotismo y la aristocracia (1);

(1) Napoleon había creado duques, príncipes, mariscales, grandes oficiales de la legion de honor, &c., y formado una nueva aristocracia; pero ésta, que había salido del seno del pueblo y adquirido sus títulos con prodigios de valor é ilustres hazañas, no atacaba de frente con privilegios y exenciones los intereses del pueblo francés, cuyo amor propio se quedaba satisfecho viendo que cualquier individuo de su clase, que se distinguía por sus méritos personales, llegaba á ser decorado con los mismos títulos y honores que los personajes mas elevados del imperio. Pero la vieja aristocracia, que formaba un cuerpo separado del pueblo, y apoyaba toda su grande-

¿qué cosa podría ser mas á propósito para devolver la popularidad, que un gobierno que ofendía al pueblo en aquellas pequeñas formas á que se aficiona el vulgo? Los Bor-

za en diplomas y blasones carcomidos, era un objeto de odio para el pueblo, cuya dignidad ofendía á cada paso con su desmedido orgullo. Los emigrados, los adictos á los Borbones, los escritores opuestos á Napoleon y al nuevo orden de cosas que habían llegado á comprender esta gran verdad, ponían en juego todas las fuerzas que estaban á su alcance para atacar con las armas del ridiculo y con la calumnia la nueva aristocracia, pintando la vida pública y privada de sus individuos con los colores mas execrables. Nosotros tenemos á la vista el cuadro biográfico que nos ha dejado consignado el Sr. Smith, escritor inglés, en las páginas impías de su *Historia secreta del gabinete de Napoleon Bonaparte, &c.*, de los principales mariscales y dignatarios del imperio, á quienes califica de asesinos, estafadores, sacrilegos, &c., exceptuando tan solo de la canalla al mariscal Marmont, que hizo traicion á Bonaparte. Vamos á insertar por vía de curiosidad un compendio muy reducido de este famoso cuadro.

El mariscal Bernadotte, príncipe de Pontecorvo y príncipe hereditario de Suecia.

Este príncipe de nueva fábrica era soldado raro de un regimiento de infantería, y su civismo le elevó al rango de oficial. Ha sido siempre jacobino, porque con ello ganaba mas que con ser realista.

El mariscal Massena, príncipe de Essling y duque de Rivoli.

Massena es hijo de un tabernero de Niza. Sirvió de sargento de un regimiento de Cerdeña; mas habiéndose desertado por motivo de la *libertad francesa*, se fué á agenciarse servicio en aquel país; y como tuviese un genio emprendedor, se abrió puen pronto las puertas de la fortuna. Estuvo empleado todo el tiempo de la primera campaña de Bonaparte en Italia, é hizo los mayores servicios al ejército francés por razon del perfecto conocimiento que tenía del país que se había hecho el teatro de la guerra.

Es muy aficionado al dinero, ni comete delitos que no sean lucrativos; detesta de veras á Napoleon, el cual por su parte le paga con la misma moneda. Tiene un espíritu muy independiente, y el decidido empeño que manifestó en el proceso de Moreau, fué la causa de haberse visto desterrado de París: sin embargo, como el tirano no puede estar sin generales, volvió á llamarle en 1805 cuando la reuocacion de las hostilidades con el Austria, y le confió la comandancia del ejército de Italia.

El mariscal Mortier, duque de Treviso.

Mortier, que nació en Dunkerque, era mancebo escribiente de la casa de Vieck y compañía,